

El contrato pedagógico como forma de socialización y modernización de España se convirtió en un punto de encuentro en el que podían coincidir las distintas corrientes que iban a conseguir la proclamación pacífica de la II República. Es, sin duda, el verdadero corazón del ideal republicano, y seguramente por eso un intelectual como Manuel Azaña, representante de un partido minoritario, se vio convertido en la figura idónea para presidir el gobierno de la República, gracias a un debate parlamentario en el que la educación tuvo un protagonismo especial. Su famoso discurso sobre «Política religiosa», pronunciado el 13 de octubre de 1931, significó un punto de encuentro y diálogo entre las diferentes familias que habían posibilitado la conjunción republicanosocialista. Si los socialistas preferían la disolución de las órdenes religiosas, y los republicanos burgueses aspiraban a no recortar ninguno de los privilegios de la Iglesia, Azaña propuso respetar todos los espacios de la iglesia pertenecientes al ámbito privado, que no entraban en contradicción con un Estado democrático. No se podía, sin embargo, aceptar ni el voto de obediencia al Vaticano, porque eso significaba supeditarse a un Estado extranjero, ni el control religioso de la enseñanza. La voz de Azaña ofreció un lugar de encuentro en las discusiones del artículo 26 de la Constitución, al recordar en las Cortes los años liberales de Mendizábal y la historia posterior de la nación: «Durante treinta y tantos años en España no hubo órdenes religiosas, cosa importante, porque a mi entender, aquellos años de inexistencia de enseñanza congregacionista prepararon la posibilidad de la revolución del 68 y la del 73. Pero han venido los Frailes, han vuelto las órdenes religiosas, se han encontrado con sus antiguos bienes en manos de otros poseedores, y la táctica ha sido bien clara: en vez de precipitarse sobre los bienes se han precipitado sobre las conciencias de los dueños y haciéndose dueños de las conciencias tienen a los bienes y a los poseedores». A la hora de construir un nuevo Estado, de consolidar el tejido cívico español en 1931, se podían respetar las órdenes religiosas como testimonio de los diferentes credos privados, pero debían evitarse dos renunciaciones sociales vergonzosas. Junto al voto de obediencia al Vaticano, había que impedir por todos los medios la manipulación religiosa de las conciencias infantiles. Azaña fue claro en este punto: «la otra salvedad termi-

nante, que va a disgustar a los liberales, es ésta: en ningún momento, bajo ninguna condición, en ningún tiempo, ni mi partido ni yo, en su nombre, suscribiremos una cláusula legislativa en virtud de la cual se siga entregando a las órdenes religiosas el servicio de la enseñanza. Eso, jamás. Yo lo siento mucho; pero esta es la verdadera defensa de la República».

Hablar de la democratización de la enseñanza no significaba sólo favorecer una escuela laica, sino también evitar la desigualdad de oportunidades por motivos económicos. Hablar de dinero no es de mal gusto a la hora de discutir sobre la educación. Estamos acostumbrados a reducir las polémicas entre escuela pública y privada a las tensiones entre enseñanza laica y enseñanza religiosa, cuando es igualmente contradictoria una sociedad democrática que permanece impasible ante la desigualdad de oportunidades impuesta por el dinero. Una enseñanza pública poco apoyada por las inversiones no puede competir con los centros privados que funda el poder económico para formar las élites del futuro. El dinero es la forma más discriminatoria de la sangre azul, sobre todo si establece posiciones desiguales en el punto ciudadano de partida. Los recuerdos infantiles que Rafael Alberti recogió en *La arboleda perdida*, habían sido adelantados en parte por un grupo de poemas que se publicaron en 1936 con el título *Nuestra diaria palabra*. La pieza titulada «Colegio (S. J.)» alude a la moral religiosa del Colegio de los Jesuitas del Puerto de Santa María, su desprecio por los ejercicios científicos que pusiesen en duda la verdad revelada, su concepción de la vida como destierro transitorio del Paraíso. Pero no se olvida de hablar de dinero:

Éramos los externos,  
los colegiales de familias burguesas ya en declive.  
La caridad cristiana nos daba sin dinero su cultura,  
la piedad nos abría los libros y las puertas de las clases.  
Ya éramos de esas gentes que algún día se las entierra de balde.

Una vez aclaradas las cuestiones económicas, el poema atiende a la operación corrosiva de formar unas conciencias sometidas al sentimiento de culpa, al miedo del infierno y al desprecio de la vida terrenal:

Nos dijeron  
que no éramos de aquí,  
que éramos viajeros,  
gente de paso,  
huéspedes de la tierra,  
camino de las nubes.

Nos espantaron las mañanas,  
llenándonos de horror los primeros días  
las noches lentas de la infancia.

El anticlericalismo de Rafael Alberti, igual que el de muchos escritores e intelectuales republicanos, se acentuó como respuesta a una Iglesia que no dudó en apoyar a la derecha radicalizada, colaborando en la preparación y en la justificación de un levantamiento militar, para no perder ninguno de los privilegios asegurados durante siglos por una sociedad española tan clasista como inculta. Pero el anticlericalismo no había sido el tono, por ejemplo, del discurso de Azaña, aunque se contemplase el hecho de que un país moderno y cultivado dejase de ser católico. Lo único que intentó la República, y de forma moderada, fue consolidar el contrato pedagógico, dignificar las escuelas y los institutos en un país que había perdido la educación. Políticas como Victoria Kent conocían de manera íntima, por experiencia biográfica y dedicación profesional, las condiciones miserables en las que se había movido el magisterio español. Unos años antes de que Victoria Kent naciera en Málaga, en 1898, y se dedicara como hija adelantada de la burguesía liberal al magisterio, el periódico *El Avisador Malagueño* podía publicar la estampa de un profesor-mendigo, caminando por la calle del Marqués de Larios, con el siguiente cartel: «El maestro de primera enseñanza de Benagalbón, falto de recursos y en la mayor miseria, implora la caridad pública». Ese era más o menos el estado social de la enseñanza cuando Victoria Kent ingresó, en septiembre de 1906, en la Escuela Normal Superior de Maestros de Málaga.

Mucho se ha escrito sobre el protagonismo que las inversiones en educación tuvieron durante la II República. Se trata de un protagonismo real, porque la ilusión pedagógica latía en el corazón de